

can; la ley (de Dios), que quita a la experiencia la pretensión de instalarse como último factor normativo de la vida humana; y la narración, que remite a la experiencia presente a otras anteriores y primordiales.

El cristiano, para ser realista, ha de emplear correctamente el principio de la analogía. La metáfora le permitirá aproximar al no creyente al sentido profundo de la realidad que ambos experimentan.

Estas tesis mantenidas por el Autor, si bien son bastante acertadas en sí mismas, están desarrolladas lamentablemente en un lenguaje que no deja de ser a veces críptico.

J. M. Otero

Giovanni MIEGGE, *Per una fede*, Claudiana, Torino 1991, IX + 230 pp., 14,5 x 21.

El Autor, fallecido en 1961, fue pastor valdense y Profesor de Facultad de Teología valdense en Roma; estudió especialmente a Barth y a Bultmann y fundó en 1946 la conocida revista «Protestantesimo».

El libro ahora reimpresso fue publicado por primera vez en 1952. Como se resalta en el Prefacio a esta tercera edición, algunas de las afirmaciones del Autor están muy influenciadas por el contexto cultural de la postguerra mundial y la guerra fría. Algunas lacras del cristianismo mundial que en él se atacan con énfasis están ya hoy en día superadas: su «decadencia sociológica», el éxito agresivo del materialismo histórico y del positivismo.

Miegge no emprende propiamente una reflexión sobre la esencia de la fe, sino sobre algunos de sus contenidos esenciales: la personalidad de Dios, la

revelación, la analogía como modo de conocimiento de lo divino, la humanidad de Jesús y su divinidad, el misterio pascual, el sentido de la historia, etc.

Quizá el capítulo más destacable sea el dedicado a la revelación. Su análisis de la evolución de este concepto fundamental dentro de la teología es clarividente. Por lo demás, el tono general del libro es más bien ensayístico.

J. M. Otero

Pierre GISEL, *L'excès du croire. Expérience du monde et accès à soi*, Desclée de Brouwer, Paris 1990, 193 pp., 13,5 x 21,5.

En este ensayo, Pierre Gisel, teólogo calvinista que ejerce su magisterio en la Universidad de Lausanne, presenta y desarrolla su teología de la fe cristiana.

Tras un capítulo en el que examina la situación cultural y social de nuestro tiempo (en el que hay —dice— un retorno de lo religioso pero no del *creer*), el autor pasa a exponer su visión de la fe. Ésta es situada en el campo de la práctica: creer es hacer, es una decisión. Tal caracterización es apoyada por el autor tanto en Kant como en la tradición teológica Reformada e implica, como Gisel hace notar, una concepción de la teología como actividad práctica. De acuerdo con esta tesis, se entiende que Gisel hable del *creer* como un exceso, una transgresión, una radicalización. Es fruto de una decisión que va siempre más allá de los motivos de credibilidad y que implica toda la existencia del hombre. El *creer* asume todo lo real y lo estructura; y asume también la institución.

En esta asunción de la institución descubrimos una de las reflexiones más interesantes del libro. Gisel insiste a lo

largo de la obra (y en continuidad con su «Croyance incarnée» publicada en 1986) en que no es posible un *creer* que no esté encarnado en una tradición. Es intrínseco y necesario al *creer* la existencia de un cuerpo social con sus instituciones y prácticas. No cabe creer —dice— sin pertenencia a la Iglesia.

Quizás el elemento más discutible de las tesis sea la situación del *creer* —y de la teología— en el ámbito de la praxis. Es verdad que Gisel está lejos de sostener posturas pragmatistas o de depreciar la teoría; pero parece como si —ante la ocupación del ámbito de la teoría por parte de lo que denomina *la ideología*— el autor se resignase a buscar un campo a la fe en la mera práctica. Sigue así las huellas de Kant: abandonar el saber para hacer un lugar a la fe. Como consecuencia, se hará muy difícil la comprensión de la relación de la fe con el saber —a pesar de los esfuerzos que dedica a ello Gisel en el último capítulo del libro— y la conexión con otros saberes humanos.

A pesar de lo señalado, el libro de Gisel está cargado de sugerencias interesantes, que pueden ayudar —con el debido sentido crítico— a enriquecer la reflexión teológica sobre la fe cristiana.

F. Conesa

Thomas V. MORRIS, *Our Idea of God, An Introduction to Philosophical Theology*, Inter-Varsity Press, Illinois 1991, 192 pp., 14 x 21.

Thomas Morris, profesor de filosofía en la Universidad de Notre Dame, presenta en este libro una introducción elemental a la disciplina que se conoce en el ámbito anglosajón como *teología filosófica*. El objeto de esta disciplina es, según se describe en el libro, realizar

una reflexión filosófica sobre los conceptos fundamentales de la teología, como Dios, el pecado, la redención, la santificación, etc. En el ámbito filosófico continental, donde prácticamente no existe tal disciplina, sus contenidos son asumidos bien por la teología natural, bien por la filosofía de la religión e incluso algunos simplemente por la teología sin más. El libro que presentamos se concentra —tal como indica en el título— en la reflexión sobre la idea de Dios, es decir, el modo en el que concebimos a Dios, por lo que sus contenidos son los propios del estudio de la esencia divina en la teología natural.

En toda reflexión filosófica acerca de la esencia de Dios es preciso justificar la posibilidad de tal reflexión ante posturas agnósticas. A ello dedica el autor el primer Capítulo del libro, donde en último término defiende la tesis de la analogía entre Dios y las criaturas. En el siguiente Capítulo, Morris se pregunta por el concepto que define mejor a Dios (es decir, el tema clásico del constitutivo formal de la esencia divina). Tras repasar diversas soluciones (donde sorprendentemente se no menciona el «*Ipsum esse subsistens*» tomista), Morris se inclina —en la línea de San Anselmo— a definir a Dios como el ser perfecto. En los siguientes Capítulos se estudian algunos atributos divinos como la bondad, la omnipotencia y la omnisciencia. Después se aborda la creación y la relación de dependencia de las criaturas. El libro termina afrontando un examen filosófico de la doctrina cristiana acerca de la Encarnación y la Santísima Trinidad, realidades misteriosas —dice el autor— pero no ininteligibles.

El libro no pretende ser una simple exposición en tercera persona, sino que el autor explica sus propias posiciones, que se sitúan de modo genérico en la tradición cristiana. Tiene, por ello, in-